



Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica

Publicación Semestral, EISSN: 2215-2628

Volumen 51 - Número especial, 2025

A propósito del merecido homenaje a doña Estébana Matarrita

Emilia Macaya Trejos

Macaya Trejos, E. (2025). A propósito del merecido homenaje a doña Estébana Matarrita. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 51(Especial), ep5cxrq22. <https://doi.org/10.15517/p5cxrq22>



Doi: <https://doi.org/10.15517/p5cxrq22>

URL: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling/index>

A propósito del merecido homenaje a doña Estébana Matarrita

Regarding the Well-Deserved Tribute to Mrs. Estébana Matarrita

Emilia Macaya Trejos

Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica

emilia.macaya@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.15517/p5cxrq22>

Recepción: 15-07-2024

Aprobación: 01-05-2025

Debo agradecer, ante todo, la deferencia de las personas organizadoras de este congreso por pensar en mí para hablar de alguien tan querido como doña Estébana Matarrita, la homenajeadora de la actividad. Permítanme, entonces, cierto rodeo anecdótico, a fin de establecer un panorama que encuadre mis palabras e, igualmente, mi ánimo, al hablar de una amiga tan querida.

Cuando nos conocimos (yo aún estudiante), se iniciaba ella en la docencia, como asistente en los cursos de griego impartidos por quien habría de ser nuestra jefe común, doña Clara Corneli. Con doña Clara y otros personajes de entonces —y de hoy—, compartimos en los años sucesivos la oficina 30 A, un remanso de camaradería, afecto, sabiduría y muchas bondades más, ubicada en el entonces edificio de Ciencias y Letras, hoy Escuela de Estudios Generales, tercer piso, extremo oeste. Un lugar que nos marcó y del cual doña Estébana, estoy segura, guarda también los mejores recuerdos. Me atrevo a decir que esa oficina conformaba nuestra casa universitaria, especie de sucursal de nuestra casa-casa, ubicada la suya en Santa Cruz de Guanacaste. Y sí, tal cual, era entre el grupo la representante llanera en este “valle de acá”, con su presencia encarnaba nuestra ración cotidiana de calidez y hospitalidad guanacasteca.

Ambas, nosotras dos, por igual solteras, aunque con matrimonio y familia en proyecto. Un proyecto, en suma, que pronto se hizo realidad: fuimos completando estudios y graduaciones por las mismas épocas, nos casamos por las mismas épocas, tuvimos a nuestros hijos por las mismas épocas. Compartimos, además, treinta y tantos años de vida académica, al amparo de los muros de las letras y las filologías.

Señalo todo esto para asegurar que, si de alguien puedo hablar con certeza, honda admiración y profunda alegría, es de doña Estébana. Pienso que una familia se conforma en razón de un núcleo humano amoroso, con el cual se convive, se comparte la mesa, se ríe y se llora. Todo eso lo tuvimos en la 30 A y se prolongó más allá, cuando cambiamos de casa y nos vinimos a estas tierras de Betania. Por eso, considero a Estébana Matarrita una hermana académica. Gracias, entonces, por pedirme que hable de ella.

En una primera visión de su recorrido por la vida profesional, llama poderosamente la atención la amplitud de sus estudios, el extenso panorama que cubren sus investigaciones, la variedad de la práctica docente.

En 1971, obtiene doña Estébana el bachillerato académico en tres ramas, la filología española, el francés y la enseñanza del castellano y la literatura, en la Universidad de Costa Rica. Viene luego una relativa pausa que igualmente conozco bien, pues hubo matrimonio, asentó ella familia en San José, dio a luz y crió a dos hijos, Erika y Eduardo. Intervalo necesario en casi todas nosotras, las de aquellos años, pluriempleadas gozosas y estudiosas persistentes, ante todo y por sobre todas las cosas. La disciplina y el orden eran claras señas de identidad. Así era posible abordar y cumplir con el pluriempleo. Aparece entonces, catorce años después y con bríos renovados, la licenciada en Filología Española. Y, finalmente, obtiene un posgrado en la enseñanza del español para extranjeros, en el año 2006. “Persistir es vencer”, afirmaríamos sin duda.

No es extraño su interés en la enseñanza de segundas lenguas, pues ella misma se desempeña en varios idiomas, aparte de la lengua materna: el francés forma parte de su oficio, al igual que el latín y el griego clásicos; además, posee dominio instrumental del alemán y cultiva la lectura en inglés.

Doña Estébana tiene un extensísimo y nunca pausado recorrido en la docencia, pues ha formado a incontables generaciones, en una labor cabal y comprometida. Son incontables sus huellas en muchas de las personas a las que nutrió, no solamente en lo que concierne al lenguaje, sino en lo que atañe a la vida, los valores y el tan necesario sentido de humanidad. Ya lo veremos. Fue docente en el Liceo Samuel Sáenz Flores, en el Colegio Santa María de Guadalupe, en el Liceo Franco Costarricense y, desde 1978 hasta hace poco, en el Colegio Humboldt. Todo ello, junto a la reconocida labor en nuestras aulas, razón de ser del honor que hoy se le brinda.

En ocasiones, he de confesarlo, me atrevo a ser indiscreta, aunque siempre me guían las buenas intenciones. Una sana curiosidad es la base del aprendizaje y del saber que se acumula. Por esa razón, envié a un Hermes mensajero hacia una de esas instituciones educativas, con ánimo de recopilar impresiones acerca de la Profesora Matarrita. No recabé opiniones entre su alumnado de por aquí, pues el homenaje de hoy, y la dedicatoria del congreso, constituyen un mensaje más que evidente. Reproduzco entonces, sin más pausa, algunas de las percepciones en sus pupilos de secundaria.

“No solo una excelente profesora, sino también una persona solidaria con nuestras angustias y nuestros sinsabores. Al vernos preocupados y notarnos ansiosos ante un examen difícil, completaba lo propio dentro de su materia, pero nos daba un tiempo antes de terminar la clase para ese repaso final que tanto alivia los nervios”.

“Fue mi profesora, también lo fue de mis hijos. En ambos casos, el recuerdo es excelente. Uno de ellos peligraba y estaba a punto de quedarse a repetir el año. Me propuso que lo dejara después de clase un ratito a la semana, unas dos horas, para sacarlo adelante. Desinteresadamente —insiste la declarante—, convencida del valor de la docencia no solo como transmisión de conocimientos, sino como formación en valores de colaboración y afecto.”

“Nos llevaba a vivir la literatura, complementábamos la lectura con algo que nos llevara a recordar la obra. A propósito de *Como agua para chocolate*, hicimos una degustación de los platillos consignados allí, al menos de unos cuantos. Así nos enteramos de lo mucho que la profesora disfrutaba el mole.”

“El cuidado y dedicación con los que corrigió nuestros trabajos y nuestra redacción ha dado sus frutos. Le estoy muy agradecida por no permitir que nos conformemos con la mediocridad y por enseñarnos a mantener un nivel de excelencia en nuestro trabajo.”

Valgan estas remembranzas como un regalo con el que sus estudiantes de antaño se suman a este homenaje. Omito nombres propios a propósito, para que su voz represente la pluralidad de esa hermosa muchachada agradecida. Estoy segura de que doña Estébana inferirá de quiénes se trata.

Y aún hay más...

Es notable la contribución de doña Estébana Matarrita en instancias afines al desempeño universitario, como es el ámbito de la acción social: conferencias y colaboraciones radiales, promoción de actividades culturales estudiantiles y, una brecha importantísima, la instrucción en seminarios de capacitación docente con respecto a la didáctica de la lengua, la didáctica de la literatura y la metodología de la enseñanza del español como segunda lengua, tanto para el Ministerio de Educación Pública, como para los Colegios Alemanes de Centroamérica.

En lo que concierne a la investigación y a su presencia en congresos internacionales, el papel es por igual relevante. Conviene resaltar, a propósito del campo específico de las letras y la literatura clásica, su participación en el Primer Congreso de Neohelenistas de Iberoamérica, realizado en Granada, España. Lo mismo en las múltiples actividades realizadas por la Asociación Internacional de Sociocrítica, entidad que tiene su sede en Montpellier, Francia, y a la que ha pertenecido desde hace mucho tiempo.

Rescato especialmente su papel en investigaciones educativas, pues fue asesora en la conformación de los libros de texto de lengua y literatura para secundaria, publicados por la Editorial Santillana en el año 2002. Bien sabemos la importancia de contar con textos adecuados y que actúen en consonancia con los programas de español, material estratégico con que se educa a nuestras juventudes.

De sus investigaciones, igualmente numerosas, extraigo una que reúne dos de sus intereses, lo clásico y la teoría literaria ligada a la sociocrítica. A saber, “Vigencia e importancia de los géneros clásicos en la teoría bajtiniana de la novela” (2001), un análisis de los elementos cómico-genéricos presentes en una novela de Virgilio Mora, asociados estos elementos a la tradición clásica con que Bajtín relaciona el origen de la novela contemporánea. Llamam igualmente la atención sus estudios sobre la narrativa de Rima de Vallbona, en “Macroestructuración en el cuentario *Los infiernos de la mujer y algo más* de Rima de Vallbona” (1995). Lo mismo que las páginas dedicadas al estudio de la interpretación y caracterización de la cultura costarricense a partir de los comportamientos discursivos que se ponen en evidencia, tanto en nuestra literatura, como en nuestra vida cotidiana, una propuesta que toma forma en “La ironía: Signo literario y conducta discursiva de la cultura costarricense” (2001). Y recomiendo muy especialmente la lectura de su estudio *Lo clásico: Una interpretación y una reflexión* (1989), deslinde cuidadoso y fundamentación pormenorizada de eso que nos concierne y nos ocupa, la noción de clasicismo.

Es mucho más lo que podría resaltar aquí, a propósito de esa amplitud productiva de doña Estébana, un envidiable panorama de múltiples ramificaciones e incontables matices. Sin embargo, deseo retomar el hilo de los recuerdos comunes para intentar, por mi parte, homenajearla con un regalo. Recuperé, hace un tiempo, cierta evocación a propósito de nuestras vivencias en la Oficina 30 A. Dedico a doña Estébana la lectura de este breve fragmento, en recuerdo de un pasado que nos cobija y aún nos ilumina.

“¿En dónde estaba la magia de la 30 A?

Ante todo, (en la presencia de) los lazos del afecto como base de nuestro ser y pensar, de nuestro hacer, según los principios del “bene volo”, la buena voluntad. Lazos que aún nos tienen (hoy) aquí, atados a esa “buena querencia”.

*Igualmente, (la magia se encerraba en una imagen de) lo académico (...) como experiencia vital plena, más allá de libros, investigaciones, elucubraciones, asambleas... Nos preocupábamos por las **personas** que éramos y por las **personas** que teníamos alrededor, donde estuviésemos, oficinas, aulas y más allá. Porque nos inquietaba en sobremanera la naturaleza humana en sus vaivenes, no solamente la escuela literaria de moda (aunque era de interés) o el contenido de tal o cual producto con aires de actualidad.*

*En fin, me refiero (...) a que apostábamos, sin dudas ni reticencias, por un destino común. En otras palabras, era una apuesta al **con-vivir**, en su maravillosa hondura. Una convivencia que afianzábamos tanto en nuestras celebraciones académicas, como en las imponderables fiestas de fin de año, en casa de doña Clara. Festejos que además de con-vivio, representaban **incorporación**, dentro del más estricto sentido: nos devorábamos el conocimiento. Así, terminamos de conocer la Roma Antigua gracias a las recetas de Apicio, deglutíamos a Catón —valga el caso— merced a sus galletas: harina, vino, nueces, naranja... Permanece en el recuerdo el regusto de probarlas y su sabor despliega la memoria involuntaria, a la manera de Proust y sus imponderables magdalenas.*

Vivencias, reuniones, celebraciones, que repetíamos (bien cotidianamente) por la mañana en el café, (bien) en el inicio o fin de curso, cada vez que la helenidad y la romanidad nos convocaban. Porque era esa, a no dudarlo, otra de las razones en las que se asentaba la magia de la 30 A: ciclicidad y pervivencia, forjadas en el ritual. Éramos ritualistas sin-vergüenza, mitómanos de pro, desde la infaltable tertulia mañanera, al modo de un “ceremonial de los albores”. Sabíamos muy bien que en la celebración de los ciclos se perpetúa la vida, y se cata y apura la existencia. El conocimiento que de allí deriva, pues, tenía que estar bien enrumbado. Algo tan bien nacido, jamás conduciría a errores.”

Eso fuimos y eso vivimos. Y he querido retomarlo porque, volviendo sobre tu vida para escribir esta semblanza, noté en tu recorrido la huella de esas vivencias. Acaso, para fortuna nuestra, bien podemos igualmente decir que eso seguimos siendo ahora.

No puedo dejar de lado una breve acotación a propósito de lo que hoy en día estamos viviendo, en torno a la supervivencia de las universidades públicas. Porque hay un deslinde que es crucial y está en la base de nuestras luchas actuales: no queremos, como se predica y se exige desde fuera, vender trabajadores a un mercado; aspiramos a formar personas y ofrecerlas a la vida, para que esta sea mejor.

Gracias de nuevo, estudiantes de ayer y colegas de hoy, por convocarme a hablar de esta mi amiga hermana. Y gracias, querida Estébana, por ofrecer tan excelente materia prima para referirme a vos.